

AGUSTÍN Y LOS VÁNDALOS

“El justo perece, y nadie guarda su recuerdo en el corazón; los misericordiosos se van, pues nadie los comprende; el justo es quitado de ante la faz del malvado.”

1

He comenzado dirigiendo la atención del lector hacia los trabajos de dos grandes obispos que restauraron la fe cristiana en lugares donde ésta se había visto largamente oscurecida.¹ Ahora pondré ante él, a modo de contraste, una escena de derrocamiento de la religión, de extinción de su luz, perpetrada por los campeones de aquel mismo credo herético al cual se habían opuesto con éxito Basilio y Gregorio. Lo haré enfocando los últimos días del gran Agustín, obispo de Hipona, en África. La verdad triunfó en el cercano Oriente mediante el poder de la predicación, y fue extirpada en el sur por el filo de la espada.

Si bien no podemos aplicar las profecías del Apocalipsis a los hechos reales a que ellas se refieren, no es posible empero leer esas páginas inspiradas y luego considerar la disolución del Imperio Romano, sin percibir una notable concordancia de conjunto entre las calamidades de ese período y las predicciones sagradas. Hay un claro anuncio en la página inspirada “Ay, ay, ay, de los habitantes de la tierra”, con anuncio de “granizo y centellas mezclados con sangre”, de “árboles quemados y tierra verde abrasada”, de barcos destruidos, sol oscurecido, ríos envenenados en un tercio de su curso.² Hay allí una clara profecía de revoluciones sobre la faz de la tierra y en la estructura de la sociedad. Y, por otro lado, observemos cómo, entre otros momentos históricos, esas profecías generales se cumplieron plenamente en la conquista de África por los vándalos.

La costa de África que se extiende entre el gran desierto y el Mediterráneo, era una de las partes más fértiles y opulentas del mundo romano. Su extremidad oriental, especialmente conectada con el Imperio, comprendía Cartago, Hipona y otras ciudades célebres como sedes de la Iglesia y como sitios de importancia civil. En la primavera del año 428, los vándalos, de credo arriano,³ y bárbaros de nacimiento y costumbres, cruzaron el estrecho de Gibraltar y avanzaron a través de este fértil distrito produciendo en todas partes devastación y cautividad. Se entregaron a los excesos y crueldades más salvajes, pillando, destruyendo, quemando y masacrando todo cuanto hallaban en su camino, sin perdonar siquiera los árboles frutales, que hubieran podido proporcionar algún alimento al resto de la población que se les había escapado ocultándose en cuevas, retiros montañosos o en tumbas. Y esa desoladora pestilencia asoló dos veces el territorio.

¹ Se trata de San Basilio y San Gregorio de Nacianzo.

² Apoc 8,7-13.

³ El arrianismo es la doctrina de Arrio, condenada en 325 por el Concilio de Nicea, y nuevamente en 381 por el Concilio de Constantinopla, según la cual Cristo no sería plenamente Dios, igual al Padre. En ello influyó la concepción neoplatónica de un Verbo o Logos que no sería igual a Dios sino una simple emanación suya. Contra este error, el Credo de Nicea afirma que el Verbo (y por tanto Jesucristo, Dios encarnado) “es Dios de Dios, Luz de Luz, engendrado, no creado, consubstancial al Padre”. Posteriormente, se llamará “arrianos” a todos los que negarían la divinidad de Jesucristo, aún partiendo de otras premisas.

La furia de los vándalos se desató especialmente contra los sitios religiosos. Iglesias, cementerios, monasterios, fueron objeto de su más fiero odio y de sus más violentos asaltos. Penetraron en los lugares de culto, hicieron pedazos todos los ornamentos internos y los entregaron al fuego; y en su afán de obtener tesoros torturaron a los obispos y al clero. Conservamos los nombres de algunas de aquellas víctimas. Mansuetus, obispo de Utica, fue quemado vivo; Papinianus, obispo de Vite, padeció sobre placas de hierro al rojo.⁴ Esto sucedía al tiempo en que se reunía en Éfeso el tercer Concilio Ecuménico⁵ al cual, por la inseguridad de los caminos, se dispensó de asistir a los obispos de África. El clero, las hermandades religiosas y las santas vírgenes fueron dispersadas por todo el territorio; el cotidiano sacrificio eucarístico fue suspendido, los sacramentos no podían obtenerse, y las festividades religiosas no se celebraban. No quedaron al cabo más que tres ciudades no visitadas por la general desolación: Cartago, Hipona y Cirta.

2

Hipona era la sede de San Agustín, por entonces de setenta y cuatro años (los últimos cuarenta dedicados a las tareas de su ministerio) y advertido, por ley natural, de la muerte cercana. Era como si la luz de la prosperidad y de la paz se fueran apagando en África a la par que disminuían las potencias físicas de su mayor apoyo y ornamento terrestre. En ese momento, cuando los terrores de la invasión bárbara se expandían por todos lados, un obispo le escribió para preguntarle si a un jefe de la Iglesia le era lícito abandonar el escenario de sus deberes pastorales para salvar su vida. Diferentes opiniones se habían emitido hasta entonces sobre esta cuestión. En la misma tierra de Agustín, Tertuliano había mantenido que esa huida era ilícita, pero lo había hecho siendo montanista.⁶ En cambio Cipriano había huido y luego había defendido su conducta al ser interrogado por el clero de Roma. También habían huido sus contemporáneos Dionisio de Alejandría y Gregorio de Neocesarea, como lo hiciera Policarpo antes y como lo hizo después Atanasio.

Atanasio⁷ también tuvo que justificar su huida. En una obra⁸ que conservamos, observa, en primer término, que ella está sancionada en la Escritura por numerosos precedentes. Entre los confesores del Antiguo Testamento están los ejemplos de Jacob huyendo de Esaú, Moisés del faraón, David de Saúl; Elías se escondió de Acab durante tres años, y los hijos de los profetas fueron ocultados de Jezabel en una cueva por Abdías. Igualmente, bajo la ley del Evangelio, los discípulos se escondieron por miedo a los judíos, y San Pablo, en Damasco, fue descendido en una canasta bordeando la muralla. Por otra parte, no pueden aducirse antecedentes de obstinación temeraria entre los santos de la Escritura. Nuestro Señor mismo es el principal ejemplo de huida ante la persecución. Siendo un niño de brazos tuvo que huir a Egipto. A su vuelta, hubo de evitar Judea y retirarse a Nazareth. Tras resucitar a Lázaro, como los judíos acechaban contra su vida, “Jesús no salía más abiertamente entre ellos” sino permaneció retirado en las cercanías del desierto. Cuando

⁴ Los obispos Mansuetus y Papinianus figuran juntos en el Martirologio como habiendo padecido el martirio el 28 de noviembre por orden de Genserico.

⁵ El III Concilio Ecuménico de Éfeso tuvo lugar entre el 22 de junio y fines de octubre de 428, y declaró que la Virgen María es realmente “thetókos”, Madre de Dios.

⁶ Tertuliano, en *De fuga in persecutione*, en 203.

⁷ San Atanasio, obispo de Alejandría, el gran campeón de la fe católica contra los arrianos durante el siglo IV, que sufrió persecución y varios exilios por esa causa.

⁸ *Apología de su huida*, escrita en 357.

tomaron piedras para arrojárselas, Él se escondió; cuando trataron de precipitarlo de cabeza, pasó en medio de ellos; cuando se enteró de la muerte de Juan Bautista, cruzó al otro lado del lago a un lugar desierto, apartado. Aunque pueda decirse que lo hacía porque “su hora aún no había llegado” y que cuando llegó se entregó a Sí mismo, debemos preguntarnos, como respuesta, ¿cómo puede alguien saber que ha llegado su hora para arrogarse el derecho de actuar como Cristo actuó? Puesto que no lo sabemos, hemos de tener paciencia; y, hasta que Dios, mediante un acto claro, determine ese tiempo, debemos “andar recubiertos con pieles de ovejas y cabras” más bien que decidir por nuestra cuenta. Incluso al perseguidor Saúl lo dejó David en las manos de Dios, cualquiera fuese Su voluntad: “ya golpearlo, ya que llegase el día de su muerte, ya que debiese perecer durante la batalla”.

Si los servidores de Dios –prosigue Atanasio– a veces se han presentado por sí mismos ante sus perseguidores, fue porque Dios se los ordenaba. Así, Elías se mostró a Acab, y también el profeta de Judea a Jeroboam; y San Pablo apeló al César. Huir, lejos de implicar cobardía, requiere con frecuencia más coraje que no huir. Es una gran prueba para el corazón. Mientras la muerte es el fin de toda tribulación, el que huye está siempre esperando la muerte y así muere diariamente. ¿Acaso Satanás no iba a atacar contra la vida de Job, y sin embargo su fortaleza iba a mostrarse en todo cuanto sufrió? El exilio está colmado de miserias. La conducta de los santos en este caso muestra que no habían huido por miedo. Jacob, en su lecho de muerte, desechó la vida y bendijo uno por uno a los doce patriarcas; Moisés volvió y se presentó libremente ante el faraón; David fue un valiente guerrero; Elías reprendió a Acab y Ocozías; Pedro y Pablo, que se habían ocultado otras veces, se entregaron en Roma al martirio. Y la prueba de que las anteriores huidas fueron aceptables a Dios está en que durante las mismas Él les otorgó especiales favores. Fue al huir cuando Jacob tuvo su visión de los Ángeles; cuando Moisés vio la zarza ardiente; cuando David escribió sus salmos proféticos; y cuando Elías resucitó al muerto y reunió al pueblo en el Monte Carmelo. ¿Y cómo hubiese sido predicado el Evangelio en todo el mundo si los Apóstoles no hubiesen huido? Desde entonces, todos los que llegaron a ser mártires, primero huyeron; cuando se presentaron ante sus perseguidores, fue siempre por alguna secreta indicación del Divino Espíritu. Pero, sobre todo, además de todos estos ejemplos que ilustran la regla a seguir en la persecución, y el temple necesario en quienes la cumplen, es el mismo Señor quien da la regla en un claro precepto: “Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra” y “Que los que estén Judea, huyan a las montañas”.

Así arguye el gran Atanasio, que vivía en espíritu con los santos del cielo en tanto soportaba trabajos y cuidados en la tierra.

Para los argumentos contrarios, acudamos a un escritor de mente no menos vigorosa pero de temperamento menos dócil, Tertuliano, quien, un siglo y medio antes, escribía como montanista⁹ y decía: Nada ocurre sin la voluntad de Dios. Él envía la persecución para probar a Sus servidores; para dividir entre el bien y el mal; es una prueba y ¿quién tiene derecho a interferir? Quien premia asigna el combate. Más que permitida, la persecución es enviada en verdad por Dios Todopoderoso. Ella mejora a la Iglesia pues mientras dura pide más seriedad a los cristianos. Viene y se va por orden divina. Satanás no

⁹ El montanismo proviene de Montano, frigio de fines del siglo II, quien, además de exagerar las efusiones del Espíritu Santo, dio pie entre sus seguidores a la creencia de la inminente Parusía y a un rigorismo moral que comportaba asimismo una actitud de desaffo durante las persecuciones. Tertuliano al fin de su vida cayó en este error.

puede tocar a Job sino en la medida en que Dios se lo permite; ni puede tocar a los apóstoles, excepto por lo permitido en estos términos: “Satanás ha querido apoderarse de ti, pero Yo he rogado por ti”, Pedro, “y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos”. Nosotros oramos “No nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal”. ¿Por qué orar si podemos librarnos por nuestra cuenta? Se le permite a Satanás un acceso a nosotros, o bien para castigarnos, o bien para corregirnos. Puesto que la persecución viene de Dios, no nos es lícito huir de ella, no podemos huir de ella. No podemos, porque Él es todopoderoso; no debemos, porque es toda bondad. Hemos de abandonarnos por entero a Dios. En cuanto al mandato de huir de ciudad en ciudad, eso era provisorio, para asegurar la predicación del Evangelio a las naciones. Los apóstoles tenían que huir mientras predicaban a los judíos, y hasta que hubieran predicado a los gentiles; pero se puede argüir asimismo que ahora ya no debemos encaminarnos a los gentiles, sino limitarnos a “las ovejas perdidas de la casa de Israel”, e igualmente debemos “huir de ciudad en ciudad”. Pero el ir de ciudad en ciudad no era en verdad una huida, era un continuo predicar; no era un accidente, sino una regla: perseguidos o no, los apóstoles debían avanzar en torno, y antes que hubiesen recorrido todas las ciudades de Israel el Señor iba a volver. La orden contemplaba tan sólo aquellas ciudades. Si San Pablo se escapó de Damasco de noche, después sin embargo, contra las oraciones de los discípulos y la profecía de Agabus, volvió a Jerusalén. De modo que el mandato de huir ni siquiera duró todo el tiempo de vida de los apóstoles; y, en verdad, ¿por qué Dios hubiera enviado la persecución si nos mandara retirarnos de ella? Eso sería atribuir inconsistencia a Sus actos. Si queremos textos para justificar no huir, Él dice: “A quienes me confiesen delante de los hombres, Yo los confesaré delante de mi Padre”; “Bienaventurados los que sufren persecución”; “El que persevere hasta el fin, se salvará”; “No temáis a quienes matan el cuerpo”; “El que no carga mi cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo”. ¿Cómo podrán cumplirse estos textos cuando alguien huye? Cristo, que es nuestro modelo, se limitó a rezar “Si es posible, que pase este cáliz”: nosotros también deberíamos permanecer firmes y orar como Él. Y se nos dice expresamente que “debemos dar la vida por nuestros hermanos”. Igualmente se dice “La caridad perfecta arroja afuera el temor”; el que huye, teme, y el que teme no es perfecto en caridad. Suele aducirse el proverbio griego “El que huye, combatirá otro día”; sí, otro día podrá huir de nuevo. Por el contrario, “el buen pastor da su vida por sus ovejas” mientras que el mal pastor “apenas ve venir al lobo abandona las ovejas y huye”. Jeremías, Ezequiel y Zacarías nos dicen que nunca está más en peligro el rebaño que cuando pierde a su pastor. Y Tertuliano concluye: “Esta doctrina, hermano mío, quizás te parezca dura, incluso intolerable. Pero recuerda que Dios ha dicho «El que pueda entender, que entienda», es decir, quien no lo acepte, que se vaya. Quien teme sufrir no pertenece a Aquel que ha sufrido. Quien no teme sufrir es perfecto en el amor, es de Dios. Muchos son los llamados, pocos los escogidos. No es de Dios quien anda por la vía ancha, sino por la vía estrecha”. Así se expresaba el ingenioso y vehemente Tertuliano.

3

Con estas observaciones en pro y en contra de la huida en la persecución, nos prepararemos para oír lo que dice San Agustín sobre el asunto –que, como dije, le había sido planteado por un hermano en obispado a raíz de la inminente incursión de los bárbaros–. Felizmente se nos ha conservado su respuesta, de la que extractaré algunos párrafos:

“A su santo hermano y cofrade en el episcopado, Honorato, salud en el Señor de parte de Agustín.

Pensé que la copia de mi carta a nuestro hermano Quodvulteus, que te mandé, te habría bastado, querido hermano, sin que me fuese necesario aconsejarte la conducta a seguir en nuestros actuales peligros. Era una carta breve, por cierto, pero contenía todo cuanto es menester preguntar y responder; decía allí que a nadie se le impide retirarse a sitios bien defendidos si desea y puede estar seguro, y que, por otra parte, no debemos romper los lazos de nuestro ministerio, por el cual el amor de Cristo nos ha comprometido a no abandonar a la Iglesia que debemos servir. En dicha carta decía: «Resulta entonces que, aunque el pueblo de Dios en el lugar en que estamos sea poco numeroso, si se mantiene firme, nosotros, cuya asistencia es necesaria para su mantenimiento, debemos decir al Señor ‘Tú eres mi roca y nuestra defensa’».

Pero tú me dices que este planteo no te es suficiente: no sea que contrariemos el mandato y el ejemplo del Señor de huir de ciudad en ciudad. Así y todo, ¿es concebible que con ello signifique que nuestros rebaños, que Él compró con su sangre, se vieran privados de nuestro ministerio sin el cual no pueden vivir? ¿Habrá que considerar como un precedente el que Él, de niño, haya sido llevado por sus padres en la huida a Egipto, mucho antes de fundar iglesias y que hablemos de Su huida? O bien, cuando San Pablo fue bajado desde una ventana en una canasta para impedir que el enemigo se apoderara de él, y así escapó de sus garras, ¿acaso la iglesia de ese lugar fue privada de su indispensable asistencia, dado que allí había otros hermanos para realizar cuanto le era necesario? Evidentemente ellos deseaban que él, objeto directo de la búsqueda de los perseguidores, se pusiese a salvo para bien de la Iglesia. Por tanto, que los servidores de Cristo, ministros de Su palabra y Sus sacramentos, hagan en esos casos lo que Él les mandó y permitió. Que huyan de ciudad en ciudad aquellos que son especial objeto de persecución, para que quienes no estén así atacados no abandonen la Iglesia y sigan alimentando a sus hermanos que sin ello no podrían vivir. Pero en el caso en que estén en común peligro todos —obispos, clero y pueblo—, que los necesitados de ayuda no sean abandonados por quienes les son necesarios. O bien trasládense todos a un lugar seguro; o bien, si algunos están obligados a quedarse, que no los abandonen quienes tienen que proveerles ayuda eclesial, para que puedan sobrevivir juntos o sufrir juntos lo que su Padre haya dispuesto”.

Agustín menciona luego el argumento de cierto obispo según el cual “si nuestro Señor nos mandó huir en las persecuciones que pueden terminar en martirio, con más razón hay que huir de los sufrimientos estériles de una invasión bárbara y hostil”, y dice que “ello es verdadero y razonable en el caso de los que no están comprometidos por cargos eclesiásticos”; pero continúa:

“¿Por qué no objetar la obediencia al precepto de «huir de ciudad en ciudad» y no temer, en cambio, lo dicho acerca del «mercenario que deja venir al lobo y huye porque no le importan las ovejas»? ¿Por qué no tratar de conciliar como es debido esas dos indiscutibles declaraciones de nuestro Señor, una de las cuales admite y manda huir, y la otra lo reprende y condena? ¿Y qué otro modo habría para conciliarlas que el que propuse más arriba? Es decir, que los ministros de Cristo que nos hallamos abocados a la persecución somos libres de dejar nuestros puestos, ya cuando no nos queda un rebaño al que servir, o ya cuando, habiendo un rebaño, quedan supliendo nuestro ministerio otros que no tienen la misma razón para huir —como era el caso de San Pablo, o también el de San Atanasio, obispo de

Alejandría, quien era especialmente buscado por el emperador Constancio, mientras el pueblo católico que permanecía en Alejandría de ningún modo iba a ser abandonado por otros ministros—. Pero cuando el pueblo queda y el ministro huye, y se suspende el ministerio, ¿no se trata acaso de la culpable huida del mercenario que se despreocupa de las ovejas? Entonces vendrá el lobo —no hombres, sino el demonio, quien acostumbra persuadir a la apostasía a los creyentes que están privados de la administración cotidiana del Cuerpo del Señor—. Así, desconociendo e ignorando vuestro deber, perecerá el hermano débil por quien Cristo a dado su vida.

Me referiré solamente al caso en que las cosas llegan a un peligro tan extremo que ya no hay manera de escapar, cuando acude a la Iglesia el rebaño entero, personas de ambos sexos y de todas las edades, solicitando el bautismo, o el perdón, u obras penitenciales, reclamando todos que se les consuele, consagre y administre los sacramentos. Si entonces fallan los ministros, ¡qué ruina les espera a los que parten de esta vida sin ser regenerados o absueltos! Considerad la pena de sus parientes creyentes que no los tendrán compartiendo el reposo de la vida eterna; considerad la angustia de la multitud entera, incluso las maldiciones de algunos en ausencia de ministerio y de ministros.

Podría objetarse quizás que los ministros de Dios deben evitar esos peligros inminentes para preservarse en provecho de la Iglesia cuando los tiempos sean más tranquilos. Lo admito cuando haya otros que ejerzan el ministerio eclesiástico, como en el caso de Atanasio. ¡Qué necesario y beneficioso era para la Iglesia que un hombre como él permaneciera vivo! De ello da testimonio la fe católica que se mantuvo firme contra los arrianos gracias a su voz y su amor. Pero cuando sobreviene un peligro conjunto y alguien da pie a pensar que huye, no por deliberada prudencia, sino por miedo a la muerte, y cuando el ejemplo de su huida hace más daño que el bien que haría al preservar su vida, entonces no hay razón que valga: no cabe escapar. Para ser breve, si el santo rey David se apartó del azar de la guerra, fue para que no se «extinguiese la luz de Israel», y a pedido de su pueblo, no por propia moción. De no ser así, hubiese dado ocasión a que muchos imitaran esa inactividad, no por el bien de otros, sino por cobardía.”

Agustín se plantea luego otra cuestión: ¿qué hacer en el caso en que todos los ministros van a una muerte segura a menos que algunos huyan? ¿O cuando la persecución se realiza con el fin de exterminar a los ministros de la Iglesia? Esto lo mueve a exclamar:

“¡Oh, qué bien sería que entre los ministros de Dios surgiera una disputa acerca de *quiénes* han de quedarse y *quiénes* irse, para evitar que la Iglesia sea abandonada, o por la huida de todos o por la muerte de todos! De seguro siempre habrá una disputa de este tipo cuando de una parte y de la otra ardan en su respectiva caridad y comprendan la caridad del otro. En tal problema, lo mejor parece recurrir al sorteo. Dios juzga mejor que el hombre en tales coyunturas: si es Su voluntad recompensar a los más santos con la corona del martirio, y guardar a los débiles, o acaso fortalecer a estos últimos para soportar el mal en tanto se lleva de esta vida a aquellos de quienes puede privarse la Iglesia. Si no pareciese oportuno el recurso al sorteo —es una medida de la cual no hay precedentes—, que al menos quienes huyan no causen a la Iglesia la pérdida de servicios sacramentales que son tan necesarios y tan imperativos en tales peligros. Que nadie se arroge ser exceptuado, so pretexto de ninguna gracia particular que le diese derecho a vivir y a huir por lo tanto.

A veces se supone que los obispos y el clero que permanecen en su puesto en peligros de ese tipo, por este ejemplo inducen erróneamente a permanecer a sus fieles. Pero nos es fácil remover esta objeción o imputación diciéndoles francamente que no se desconcierten ante nuestra permanencia. «Es por vosotros que nos quedamos –debemos decirles–, no sea que os falte lo que sabemos os es necesario para vuestra salvación en Cristo. Vosotros escapaos, y luego nos liberaréis.» Resultaría oportuno decir esto sólo cuando realmente parece obtenerse alguna ventaja al retirarse a un lugar más seguro. Pero si todos, o alguno, respondiesen «Estamos en manos de Aquel de cuya justicia nadie puede huir, vaya donde vaya, y cuya misericordia se encuentra en todas partes, aunque uno no se mueva» –ya sea porque lo detenga algún lazo necesario, ya porque lo acobarde la incierta huida–, a tales personas indudablemente no habría que dejarlos privados de socorros cristianos.¹⁰

He escrito estas líneas, mi dilecto hermano, según lo pienso en verdad, y con toda caridad, para contestar a tu consulta, pero no para presionaros si es que acaso halláis como guía otro enfoque mejor. Sea como sea, en estos peligros no hay nada mejor que pedir al Señor que se apiade de nosotros» (Ep. 228).

4

El juicio luminoso, la fe serena y la sincera devoción, que el famoso escritor pone de manifiesto en esta carta, son los mismos que mantuvo en su conducta ante los hechos que sobrevinieron luego. Dicha carta fue escrita cuando la primera entrada de los vándalos en África, unos dos años antes que pusiesen sitio a Hipona; y durante aquel intervalo de terrible suspenso y expectativa, así como de real sufrimiento, rodeado de su desolada Iglesia, ante la perspectiva de sus pruebas personales, encontramos a este infatigable maestro prosiguiendo sus obras de amor con la pluma y la palabra, tanto más ardoroso cuanto sabía que le quedaba poco tiempo, pero tan tranquilo cual si estuviese en época de prosperidad. Empezó una nueva obra contra las opiniones de Julián,¹¹ uno de sus amigos que, tras un buen comienzo, desgraciadamente se había embanderado en el pelagianismo; también, a pedido de sus amigos, escribió un tratado sobre la Predestinación para responder a las objeciones formuladas contra sus primeras obras sobre ese tema; y además sostuvo una controversia contra los arrianos; a más de empezar una historia de las herejías. Aún más notable resulta esta diligencia de Agustín en cumplir en esos momentos sus deberes de obispo, cuando al mismo tiempo se hallaba comprometido en asuntos políticos, como amigo íntimo y consejero de Bonifacio, el gobernador de África –el cual, tras favorecer la entrada de los vándalos, luego se había opuesto–; es decir, Agustín se hallaba en circunstancias que habrían turbado y agitado el espíritu de cualquier otro hombre de edad.

Los acontecimientos llegaron pronto al desenlace. Las multitudes fugitivas se refugiaron en Hipona, y Bonifacio también. Los vándalos hicieron su aparición y pusieron sitio a la ciudad. Entretanto, Agustín cayó enfermo. A su alrededor tenía a muchos obispos africanos

¹⁰ Esto se cumplió en Inglaterra en los siglos XVI y XVII. Por no dejar privados de socorros cristianos a los fieles católicos que quedaban en Inglaterra tras implantarse allí el protestantismo, los jóvenes con vocación sacerdotal iban a estudiar y ordenarse en el continente, tras lo cual volvían y, ejerciendo el sacerdocio clandestinamente, eran perseguidos y en gran número fueron martirizados (y han sido canonizados).

¹¹ Julián de Eclano, el obispo italiano que retomó la postura herética de Pelagio sosteniendo, como éste, que el hombre puede hacer el bien con los solos recursos de su naturaleza. Contra el pelagianismo, San Agustín enfatiza la necesidad de la gracia. La obra aquí mencionada es *Contra Julianum*, empezada en 421 y retomada en 428.

y, entre muchos amigos estaba Possidius, a quien le debemos el relato de sus últimos momentos. “Solíamos conversar continuamente con él sobre las desgracias que nos tocaban, y contemplábamos los tremendos juicios de Dios que sucedían a nuestra vista, diciendo: «Justo eres, Señor, y recto es Tu juicio» (Sal 118). Un día, a la hora de la comida, mientras conversábamos, nos dijo: «Sabed que en nuestra calamidad actual, ruego a Dios que le conceda la liberación a esta ciudad sitiada, o, si esto no es posible, les dé fortaleza a sus servidores para soportar su voluntad, o, al menos, que me saque a mí de este mundo». Siguiendo su consejo, nosotros, nuestros amigos y la ciudad entera, ofrecimos junto con él la misma oración. Al tercer mes del sitio, le tomó la fiebre y se acostó, enfermo al extremo.”

Estaba por cumplirse la última parte de su ruego, así como se le acordaría luego la primera, al retirarse el enemigo de Hipona. Pero, para continuar con el relato de Possidius: “Agustín tenía la costumbre de decir, conversando familiarmente, que después de haber recibido el bautismo, ni siquiera los cristianos firmes ni los sacerdotes debían dejar sus cuerpos sin haberse entregado a una penitencia suficiente y conveniente. De acuerdo con ello, durante su última enfermedad, de la cual murió, Agustín se puso a copiar los salmos penitenciales de David, y a colocarlos de a cuatro sobre la pared, para poder verlos desde la cama mientras estaba postrado. Así solía leerlos y sollozar abundantemente. Temiendo que alguien viniese a distraer su atención, unos diez días antes de su muerte nos rogó a quienes lo acompañábamos que no permitiésemos entrar a nadie en la habitación, salvo a la hora de las visitas médicas y de las comidas. Esto fue cumplido estrictamente, y todo su tiempo dedicado a la oración. Hasta su última enfermedad había podido predicar la palabra de Dios en la iglesia sin desmayo con energía e intrepidez, con mente y juicio vigorosos. Se durmió con sus padres a avanzada edad, sano y con sus miembros fuertes, con la vista y el oído intactos y, como se ha dicho, todo el tiempo que lo asistimos lo contemplamos y rezamos con él. Participamos del sacrificio divino en su funeral y así lo enterramos”.

Por más que los vándalos fracasaron en su primer ataque a Hipona durante la última enfermedad de Agustín, volvieron a la carga poco después de su muerte bajo circunstancias más favorables. Bonifacio fue derrotado en el campo de batalla, y regresó a Italia, en tanto los habitantes de Hipona evacuaron la ciudad. Los vándalos penetraron y la quemaron, excepto la biblioteca de Agustín que resultó providencialmente preservada.

La desolación que en esa época se expandió sobre la faz de África, fue completada por la posterior invasión de los sarracenos.¹² Sus quinientas iglesias ya no existen. El viajero avizora las sombrías rocas que bordean la costa y no descubre ni la menor traza de cristianismo para consolar esa tristeza. Hipona ha dejado de ser una ciudad episcopal;¹³ pero su gran doctor, aunque muerto, habla todavía; su voz se ha desparramado por toda la tierra, y sus palabras han llegado hasta los confines del mundo. No necesita una morada aquel cuyo hogar es la Iglesia Católica; no teme desolación bárbara ni herética aquel cuyo credo está destinado a durar siempre.

¹² Esta invasión de los musulmanes –con sus “jinetes de Alá”– acaeció en el siglo VII.

¹³ Después de escrito este relato, los franceses reinstalaron la sede.